

ce o en que la Reina Isabel estaba francamente emocionada:

"La Reina Isabel contuvo varias veces la emoción de ver casar a su hija; los ojos le brillaban y su serenidad estuvo a punto de ser traicionada".

Coinciden en que hubo un despliegue policial impresionante, motivado por la creciente ola de terrorismo y por la tensión social que precedió, respaldó y siguió a la boda:

"Más de cuatro mil policías vigilaron el paso de la comitiva y la abadía de Westminster. Al público estacionado para ver a los novios y a la familia real no se le permitió ni llevar sillas, ni cajas, ni paquetes. Incluso se inspeccionaron muchos paquetes que contenían los bocadillos que se habían llevado los muy madrugadores. Tres días antes de la boda, cien detectives registraron toda la abadía, y especialmente el altar. Un jefe de policía confesó: 'Cada centímetro del templo fue registrado el día 13 por un centenar de detectives. Y cuando terminamos nosotros, comenzaron a hacerlo cincuenta policías más'".

También se había prohibido el vuelo de helicópteros para evitar que los caballos se asustasen. No se sabe si esta medida obedeció a que se quería asegurar al máximo la seguridad de contrayentes e invitados, o la seguridad de los caballos, tan adorados por los contrayentes.

Las revistas coinciden en el tratamiento y descripción de los invitados y su vestuario. No se ponen de acuerdo, en cambio, sobre el lugar que ocuparon sus corresponsales durante la ceremonia. Por ejemplo, «¡Hola!» y «La Actualidad Española» aseguran por separado haber sido las únicas revistas españolas que tuvieron a un corresponsal dentro de la abadía. También hay coincidencia en las especulaciones sobre el lugar donde pasarían la noche de bodas, sobre la especulación industrial basada en la reproducción comercializada del vestido de la novia, su anillo y otras herramientas matrimoniales susceptibles de convertirse en *souvenir*. También se nos aporta el dato regio-humano de que los jóvenes enamorados, antes de huir hacia su primer nido de amor, pasaron por un hospital de ancianos:

"Antes de retirarse a la residencia de Tatch ed House Lodge, los señores Phillips hicieron una visita un tanto sorprendente: se dirigieron al hospital real a visitar a los pensionistas jubilados allí internados".

Hay alguna nota española en los reportajes. Por ejemplo, la espada que portaba el señor Phillips había sido fundida en Toledo, y entre los invitados destacaba la presencia de los Príncipes de España:

"Nuestra Princesa Sofía dio una alta nota de elegancia. Llevaba un abrigo con cuello gris de piel de renard. El sombrero era blanco. La televisión inglesa le dedicó varios primeros planos. El Príncipe Juan Carlos vestía uniforme de gala azul, con insignias de general. Entre la familia real británica se comentó la belleza de nuestra Princesa y el gran sentido del humor que tiene el Príncipe Juan Carlos".

Otros invitados muy observados fueron lord Snowdon y el príncipe Rainiero:

"Uno de los personajes de la boda real fue, lógicamente, el esposo de la princesa Margarita, o sea, lord Snowdon. Podríamos decir que fue el personaje más atento a la ceremonia. Posiblemente el lord fotógrafo recordaba un día análogo, en el que se convirtió en miembro de la familia real británica".

"El príncipe Rainiero de Mónaco estuvo un buen rato pensativo, después de colaborar, como los demás invitados principescos, en los cánticos de la ceremonia, apoyando el dedo pulgar de su mano derecha en el labio inferior. Por un momento creímos que le pasaba lo mismo que a lord Snowdon, pero al revés".

Abundan los comentarios sobre las críticas públicas sobre el despilfarro de acondicionar el yate real «Britannia», escenario del viaje de bodas por las aguas del Caribe. La princesa había respondido cumplidamente a esta pregunta del impertinente entrevistador de la BBC: "Estaba muy viejo y necesitaba reparación, eso es todo".

Al acabar la lectura de estas ocho revistas queda en nuestra imaginación la estampa de un matrimonio de burgueses ecuetres, apellidados Phillips, que regeneran la tradición monárquica inglesa con su culto al deporte, la vida campesina y la más estricta funcionalidad representativa. Están cerca del pueblo para lo lejos que están y a la vez están lejísimos para lo cercanos que parecen. Se ha hecho como un juego de «zoom» a través de la cámara que manipula la ilusión óptica de la realidad. El «zoom», nos lo ha enseñado Lazarov, sirve fundamentalmente para desorientar. ■ L. D.

La Capilla siXtina

LA CARESTIA DE LA VIDA

Me reconocerán el mérito de no hablar casi nunca de mis problemas como dueño de mi casa. Mi soltería me obliga a hacer de vez en cuando la cesta de la compra, y las vendedoras de mi barrio de Argüelles tienen siempre la gentileza de asesorarme sobre lo que debo y no debo comprar. Incluso me dejan pasar delante de las señoras que esperan, en lógica correspondencia a la proverbial galantería masculina. Yo, que he sido testigo presencial de la galantería masculina, puedo decir que la femenina es muy superior. Cuando entro en mi carnicería ya puede haber media docena de parroquianas, la carnicera me despacha a mí en primer lugar y ninguna de las señoras restantes dice ni pío.

—Los hombras no saben esperar.

Dice mi carnicera a manera de disculpa. Yo ya estoy hecho a este tipo de comentarios y sonrío con ironía de sexo rey, condescendiente con las cosquillas del antagonista. Jamás suelo confraternizar con el enemigo. Una cosa es que me vea obligado a hacer la compra y otra que me ponga a discutir con las compradoras las excelencias de la falda de ternera para hacerla al horno con o sin cebollitas. Pero el otro día no hubo más remedio. Cuando mi carnicera me dijo el precio de las dos chuletas que había comprado me puse lívido. Las señoras, que ya me conocen de otras veces, comprendieron que había llegado el momento de ganarme para su causa.

—Mire qué malito se ha puesto. ¡Estos precios!

—Señora Gabriela, ¿esto que me ha vendido es carne o piel de renard argenté?

—Pero, ¿qué dice este señor? Está mucho más barato el renard argenté. Mi sobrina está muy bien casada y su marido le ha comprado una estola de renard argenté. Más barata que medio kilogramo de chuletas.

—No exageren.

Rogaba la carnicera, mientras encogía los hombros en claro signo de impotencia. Yo no he podido contenerme y he lanzado un discurso sobre el proceloso tema del «¿a dónde vamos a parar?». Además me he creído en la obligación de informar a mis colegas femeninos sobre el desastre que nos aguarda para enero en cuanto se descon-

gelen los pocos precios congelados. He sembrado el pánico hasta el punto de que hemos tenido que abanicar a una madre de familia numerosa.

De vuelta a casa he querido continuar mi conversación con Encarna. Más o menos le he dicho que el poder adquisitivo está por los suelos y que, en cambio, no hay una conciencia establecida de este hecho. Hace diez años, en una circunstancia similar, se hubiera notado mucho más la situación de agobio económico que asfixia los presupuestos familiares.

—¿Por qué, Encarna? Esta es la cuestión.

—Me parece que no es esa la cuestión. Pero si usted se empeña.

—A ver si no es esa la cuestión. Yo ahora puedo comprar tan pocas cosas como en las épocas en que podía comprar pocas cosas, y sin embargo no me doy cuenta cabal de ello. Y eso multiplicado por la mayoría de conciudadanos. Aquí hay alguna técnica de brujería.

—Ya está el irracionalismo andante.

—Nada de irracionalismo. Estamos ante un caso de brujería racional. Por todas partes nos rodean los reclamos del consumo y acabamos creyendo que podemos consumir lo que nos venga en gana. En televisión, en los «publivos», en los anuncios de los periódicos... por todas partes se nos crea la falsa conciencia de que el consumo está a nuestro alcance.

—Pero no diga tonterías, don Sixto. Si uno no consume, pues no consume y se da cuenta.

—Es cuestión de darse más o menos cuenta, y nos damos cuenta, pero poco y de una manera somnolienta.

—Eso les debe pasar a ustedes los liberales, porque van por la vida medio dormidos. Pero la gente, de verdad, bien se da cuenta de que ha de apretarse el cinturón.

—¿Yo no soy de verdad?

—No, don Sixto. Usted si que es de brujería. Usted parece la reencarnación de un funcionario cesante de Galdós.

He invitado a cenar a Encarna. Nos hemos comido las dos chuletas de mi vida y de mi muerte. Encarna me contemplaba mientras apuraba el hueso, y comentaba con mucho retintín:

—Y luego dirá que no consume.

SIXTO CAMARA